

2.^a Hacer una edicion en gran papel y elegantes tipos, completa y correctísima y bien anotada, con apéndices históricos y biográficos, láminas de los objetos y reliquias de la Santa, y vistas de sus conventos, ó de las casas donde fundó, y parajes donde estuvo, intercaladas en los pasajes correspondientes, por el estilo de las que acaba de publicar Mr. *F. X. Plasse*, y áun tambien de los retratos de algunos prelados y personajes más notables que cita en las Obras, y fueron sus bienhechores. Esta obra debería ser el tipo á que se acomodaran las ediciones ulteriores más económicas, que no dejarán de hacerse mientras haya católicos en España y en la América Española.

Esto constituiría un monumento de gloria á Dios, honra á Santa Teresa y á la Iglesia, y muestra de gratitud por parte de España, que cedería á la vez en honra de nuestra patria.

A estas debían seguir otras dos reproducciones iguales, la una autográfica y la otra corregida y anotada de las obras de San Juan de la Cruz, de las cuales se dice (¡y harto lo lamentaba el Sr. Muñoz Garnica!) que están defectuosas y muy incorrectas.

Por desgracia me ha faltado la proteccion para ello en el público, en la nobleza y hasta en la prensa. Bien conozco que soy poco acreedor á llevar á cabo este pensamiento, y probablemente lo reservará Dios á otro mejor y más digno.

Entre tanto contentémonos con lo que para llegar á ese fin pone de su parte en esta edicion la Compañía de Impresores y Libreros del Reino, pues, á pesar de las incorrecciones ya advertidas, y en gran parte subsanadas, es muy superior á todas las antiguas en el plan y método de la colocacion, en la correccion de muchos pasajes, en la anotacion clara y concisa, sin embarazar el texto ni cortarlo á cada paso, en lo completo de las obras conocidas y hasta de las dudosas, y finalmente, hasta en las buenas proporciones de tamaño, papel y tipos, muy superiores á todas las de este siglo, y áun casi de todas las antiguas en estas ventajosas materiales. Madrid, 7 de Marzo de 1881.

VICENTE DE LA FUENTE.

PRÓLOGO DEL MAESTRO FRAY LUIS DE LEON

EN LA PRIMERA EDICION

DE LAS OBRAS DE SANTA TERESA.

A LAS MADRES PRIORA ANA DE JESUS,

Y RELIGIOSAS CARMELITAS DESCALZAS DEL MONASTERIO
DE MADRID.

Yo no conocí, ni vi á la Santa Madre Teresa de Jesús (1) mientras estuvo en la tierra, mas ahora que vive en el Cielo la conozco, y veo casi siempre en dos imágenes vivas, que nos dejó de sí, que son sus hijas, y sus libros, que, á mi juicio, son tambien testigos fieles, y mejores de toda excepcion, de la grande virtud; porque las figuras de su rostro, si las viera, mostráranme su cuerpo, y sus palabras, si las oyera, me declararían algo de la virtud de su alma; y lo primero era comun, y lo segundo sujeto á engaño, de que carecen estas dos cosas, en que la veo ahora: que, como el Sábio dice, el hombre en sus hijos se conoce. Porque los frutos que cada uno deja de sí cuando falta, esos son el verdadero testigo de su vida, y por tal le tiene Cristo, cuando en el Evangelio, para diferenciar al malo del bueno, nos remite solamente á sus frutos. De sus frutos, dice, lo conoceréis. Así que la virtud, y santidad de la Santa Madre Teresa, que viéndola á ella me pudiera ser dudosa é incierta, esta misma ahora no viéndola, y viendo sus libros, y las Obras de sus manos, que son

(1) Aún no estaba beatificada y hacía poco que había muerto, y con todo, no vacilaba aquel sabio escritor en llamarla *Santa*, cosa que no hubiera podido hacer pocos años despues, dados los decretos del Papa Urbano VIII.

sus hijas, tengo por cierta y muy clara, porque, por la virtud que en todas resplandece, se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo para Madre de este nuevo milagro, que por tal debe ser tenido, lo que en ellas Dios ahora hace, y por ellas. Que si es milagro lo que viene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias y nuevas, que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros. Que un milagro es, que una mujer, y sola, haya reducido á perfeccion una Orden en mujeres y hombres. Y otro la grande perfeccion á que los redujo. Y otro, y tercero, el grandísimo crecimiento que ha venido en tan pocos años, y de tan pequeños principios, que cada una por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como lo escribe San Pablo, luego se ve, que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa, que emprendiese una cosa tan grande, y tan sábia y eficaz, que saliese con ella, y robase los corazones, que trataba, para hacerlos de Dios, y llevase las gentes en pos de sí, á todo lo que aborrece el sentido. En que (á lo que yo puedo juzgar) quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles, que le siguen, y en la portía de tantos pueblos de herejes, que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles, que son de su bando, para envilecerle, y para hacer burla de él, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una mujer pobre, y sola que le desafiase, y levantase bandera contra él, y hiciese públicamente gente que le venza, huelle, y acóce: y quiso sin duda para demostracion de lo mucho que puede en esta edad, á donde tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios, y otros con sus perdidas costumbres aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos, y ordenase las costumbres de muchos, que cada día crecen para reparar estas quiebras. Y en esta vejez de la Iglesia (1) tuvo por bien de mostrarnos, que no se envejece su

(2) Esta proposicion que está muy bien en la pluma de Fr. Luis de Leon, no debe usarse hoy día, pues se tiene por mal sonante por el abuso que hicieron de ella los jansenistas. *Beclesia non veterascit.*

gracia, ni es ahora ménos la virtud de su espíritu, que fué en los primeros, y felices tiempos de ella, pues con medios, más flacos en linaje que entónces, hace lo mismo, y así lo mismo, que entónces.

Y no es ménos clara, ni ménos milagrosa la segunda imágen, que dije, que son las escrituras, y libros, en los cuales, sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo, que la Santa Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo; porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y calidad en que las trata, excede á muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desfeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así siempre que los leo me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece, que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma, y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee (1). Que, dejados aparte otros muchos y grandes provechos, que hallan los que leen estos libros, dos son á mi parecer los que con más eficacia hacen. Uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud; y otro encenderlos en el amor de ella y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa, ver cómo ponen á Dios delante de los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce, y tan amigable para los que le hallan; y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras, pega al alma fuego del Cielo, que le abrasa, y deshace. Y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime, ni precie, déjanla, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginacion

(1) Véase porque en el prólogo anterior se ha prescindido de todo elogio acerca de estas obras, ciñendonos á decir el juicio infalible de la Iglesia. Despues de estas palabras de Fr. Luis de Leon, tan competente en estas materias, solamente debía decirse lo que dice la Iglesia por boca del Vicario de Jesucristo en la tierra.

le ofrecia, sinó descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y (si se puede decir así) tan ansiosa del bien, que vuela luego á él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivia, salió como pegado en sus palabras, de manera, que levantan llama por donde quiera que pasan. Así que tornandó al principio, si no la vi mientras estuvo en la tierra, ahora la veo en sus libros, é hijas. O por decirlo mejor, en vuestras Reverencias solas la veo ahora, que son sus hijas de las más parecidas á sus costumbres, y son retrato vivo de sus escrituras, y libros. Los cuales libros que salen á luz, y el Consejo Real me cometió que los viese, puedo yo con derecho enderezarlos á ese santo convento, como de hecho lo hago, por el trabajo que he puesto en ellos, que no ha sido pequeño. Porque no solamente he trabajado en verlos, y examinarlos, que es lo que el Consejo mandó, sinó tambien en cotejarlos con los originales mismos que estuvieron en mi poder muchos días (1), y en reducirlos á su propia pureza en la misma manera, que los dejó escritos de su mano la Santa Madre, sin mudarlos, ni en palabras, ni en cosas de que se habían apartado mucho los traslados que andaban, ó por descuido de los escribientes, ó por atrevimiento y error (2). Que hacer mudanza en las cosas, que escribió un pecho en quien Dios vivia, y que se presume le movia á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer emendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la Santa Madre es la misma elegancia. Que, aunque en algunas partes de lo que escribe ántes que acabe la razon que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo, comenzando muchas veces con cosas que ingiere; mas ingiere tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del re-

(1) El de la *Vida* no lo pudo ver porque estaba en la Inquisicion, como dice el P. Gracian. El del *Camino de perfeccion* es dudoso que lo tuviera, pero de uno y otro debió tener buenas copias, quizá de las que habia revisado la Santa.

(2) Y no era el P. Gracian, ó algun allegado suyo, quien tenia menos culpa, pues los originales estan manchados con impertinentes enmiendas, que quizá pasaron á las copias.

fran. Así que yo los he restituido á su primera pureza. Mas porque no hay cosa tan buena, en que la mala condicion de los hombres no pueda levantar un achaque, será bien aquí (y hablando con vuestras reverencias) responder con brevedad á los pensamientos de algunos. Cuéntanse en estos libros revelaciones, y trátanse en ellos cosas interiores, que pasan en la oracion, apartadas del sentido ordinario, y habrá por ventura quien diga en las revelaciones, que es caso dudoso, y que así no convenia que saliesen á luz; y en lo que toca al trato interior del alma con Dios, que es negocio muy espiritual, y de pocos, y que ponerlo en público á todos, podrá ser ocasion de peligro. En que verdaderamente se engañan. Porque en lo primero de las revelaciones, así como es cierto que el demonio se transfigura algunas veces en ángel de luz, y burla, y engaña las almas con apariencias fingidas, así tambien es cosa sin duda, y de fe, que el Espíritu Santo habla con los suyos, y se les muestra por diferentes maneras, ó para su provecho, ó para el ajeno. Y como las revelaciones primeras no se han de escribir, ni aprobar, porque son ilusiones; así estas segundas merecen ser sabidas y escritas. Que como el Angel dijo á Tobias: «El secreto del rey bueno es esconderlo, mas las obras de Dios, cosa santa, y debida es manifestarlas, y descubririrlas.» ¿Qué santo hay que no haya tenido alguna revelacion? ¿O qué vida de santo se escribe, en que no se escriban las revelaciones que tuvo? Las historias de las Ordenes de los Santos Domingo y Francisco, andan en las manos y en los ojos de todos, y casi no hay hoja en ellas sin revelacion, ó de los fundadores, ó de sus discípulos. Habla Dios con sus amigos sin duda ninguna, y no les habla para que nadie lo sepa, sinó para que venga á juicio lo que les dice, que, como es luz, ámala en todas sus cosas: como busca la salud de los hombres, nunca hace estas mercedes especiales á uno, sinó para aprovechar por medio de él á otros muchos. Mientras se dudó de la virtud de la Santa Madre Teresa, y mientras hubo gentes que pensaron al revés de lo que era, porque aún no se veia la manera en que Dios aprobaba sus obras, bien fué que estas historias no saliesen á luz, ni anduviesen en público, para excusar la temeridad de los juicios de algunos; mas ahora, despues

de su muerte, cuando las mismas cosas, y el suceso de ellas, hacen certidumbre que es Dios, y cuando el milagro de la incorrupcion de su cuerpo, y otros milagros que cada dia hace, nos ponen fuera de toda duda su santidad, encubrir las mercedes que Dios le hizo viviendo, y no querer publicar los medios con que la perfeccionó para bien de tantas gentes, sería en cierta manera hacer injuria al Espíritu Santo, y oscurecer sus maravillas, y poner velo á su gloria. Y así ninguno que bien juzgare, tendrá por bueno que estas revelaciones se encubran. Que lo que algunos dicen, ser inconveniente, que la Santa Madre misma escriba sus revelaciones de sí, para lo que toca á ella, y á su humildad y modestia, no lo es, porque las escribió mandada y forzada: para lo que toca á nosotros y á nuestro crédito, ántes es lo más conveniente. Porque de cualquiera otro que las escribiera, se pudiera tener duda, si se engañaba, ó si queria engañar, lo que no se puede presumir de la Santa Madre, que escribia, lo que pasaba por ella; y era tan santa, que no trocará la verdad en cosas tan graves. Lo que yo de algunos temo es, que disgustan de semejantes escrituras, no por el engaño que puede haber en ellas, sino por el que ellos tienen en sí, que no les deja creer, que se humana Dios tanto con nadie, que no lo pensarían, si considerasen eso mismo que creen. Porque si confiesan que Dios se hizo hombre, ¿qué dudan de que hable con el hombre? Y si creen que fué crucificado, y azotado por ellos, ¿qué se espantan que se regale con ellos? ¿Es más aparecer á un siervo suyo, y hablarle, ó hacerse él como siervo nuestro, y padecer muerte? Anímense los hombres á buscar á Dios por el camino que Él nos enseña, que es la fe, y la caridad, y la verdadera guarda de su ley, y consejos, que lo ménos será hacerles semejantes mercedes. Así que los que no juzgan bien de estas revelaciones, si es porque no creen que las hay, viven en grandísimo error, y si es porque algunas de las que hay son engañosas, obligados están á juzgar bien de las que la conocida santidad de sus autores aprueba por verdaderas, cuales son las que se escriben aquí. Cuya historia, no sólo no es peligrosa en esta materia de revelaciones, mas es provechosa, y necesaria para el conocimiento de las buenas en aquellos que la tu-

vieren. Porque no cuenta desnudamente las que Dios comunicó á la Santa Madre Teresa, sino dice tambien las diligencias que ella hizo para examinarlas, muestra las señales que dejan de sí las verdaderas, y el juicio que debemos hacer de ellas, y si se ha de apelecer, ó rehusar el tenerlas. Porque, lo primero, esa escritura nos enseña, que las que son de Dios, producen siempre en el alma muchas virtudes, así para el bien de quien las recibe, como para la salud de otros muchos. Y lo segundo nos avisa, que no habemos de gobernarnos por ellas, porque la regla de la vida, es la doctrina de la Iglesia, y lo que tiene Dios revelado en sus libros, y lo que dicta la sana, y verdadera razon. Lo otro nos dice, que no las apelezamos, ni pensemos que está en ellas la perfeccion del espíritu, ó que son señales ciertas de la gracia, porque el bien de las almas está propiamente en amar á Dios más, y en el padecer más por él, y en la mayor mortificacion de los afectos, y mayor desnudez, y desasimiento de nosotros mismos, y de todas las cosas. Y lo mismo que nos enseña con las palabras aquesta escritura, nos lo demuestra luégo con el ejemplo de la misma Santa Madre, de quien nos cuenta el recelo con que anduvo siempre en todas sus revelaciones, y el exámen que de ellas hizo, y cómo siempre se gobernó, no tanto por ellas, cuanto por lo que le mandaban sus preladados, y confesores, con ser ellas tan notariamente buenas, cuanto mostraron los efectos de reformacion que en ella hicieron, y en toda su Orden. Así que las revelaciones que aquí se cuentan, ni son dudosas, ni abren puerta para las que son, ántes descubren luz para conocer las que lo fueren; y son para aqueste conocimiento como la piedra del toque estos libros.

Resta ahora decir algo á los que hallan peligro en ellos, por la delicadeza de lo que tratan, que dicen no es para todos, porque como haya tres maneras de gentes, unos que tratan de oracion, otros que si quisiesen, podrian tratar de ella, otros que no podrian por la condicion de su estado; pregunto yo, ¿cuáles son los que de estos peligran? ¿Los espirituales? No, si no es daño saber uno eso mismo que hace, y profesa. ¿Los que tienen disposicion para serlo? Mucho ménos, porque tienen aquí, no sólo quien los guie cuando lo fueren, sino quien los anime, y encienda á que lo sean,

que es un grandísimo bien. Pues los terceros, ¿en qué tienen peligro? ¿En saber que es amoroso Dios con los hombres? ¿Que quien se desnuda de todo le halla? ¿Los regalos que hace á las almas? ¿La diferencia de gustos que les da? ¿La manera como los apura, y afina? ¿Qué hay aquí, que sabido no santifique á quien lo leyere? ¿Que no crie en él admiracion de Dios, y que no le encienda en su amor? Que si la consideracion de estas obras exteriores que hace Dios en la oracion, y gobernacion de las cosas, es escuela de comun provecho para todos los hombres, el conocimiento de sus maravillas secretas, ¿cómo puede ser dañoso á ninguno? Y cuando alguna, por su mala disposicion sacára daño, ¿era justo por eso cerrar la puerta á tanto provecho, y de tantos? No se publique el Evangelio, porque en quien no lo recibe, es ocasion de mayor perdicion, como San Pablo decia. ¿Qué escrituras hay, aunque entren las Sagradas en ellas, de que un ánimo mal dispuesto no pueda concebir un error? En el juzgar de las cosas, débese entender á si ellas son buenas en sí, y convenientes para sus fines, y no á lo que hará de ellas el mal uso de algunos; que si á esto se mira, ninguna hay tan santa, que no se pueda vedar. ¿Qué más santos que los Sacramentos? ¿Cuántos por el mal uso de ellos se hacen peores? El demonio como sagáz, y que vela en dañarnos, muda diferentes colores, y muéstrase en los entendimientos de algunos recatado, y cuidadoso del bien de los prójimos, para, por excusar un daño particular, quitar de los ojos de todos lo que es bueno, y provechoso en comun. Bien sabe él que perderá más en los que se mejoráren, ó hicieren espirituales perfectos, ayudados con la leccion de estos libros, que ganará en la ignorancia, ó malicia de cuál, ó cuál que por su indisposicion se ofendiere. Y así por no perder aquellos, encarece, y pone delante los ojos el daño de aquestos, que él por otros mil caminos tiene dañados; aunque, como decia, no sé ninguno tan mal dispuesto, que saque daño de saber, que Dios es dulce con sus amigos, y de saber cuán dulce es, y de conocer por qué caminos se le llegan las almas, á que se endereza toda aquesta escritura. Solamente me recelo de unos que quieren guiar por sí á todos, y que aprueban mal lo que no ordenan ellos, y que procuran no

tenga autoridad lo que no es su juicio, á los cuales no quiero satisfacer, porque nace su error de su voluntad, y así no querrán ser satisfechos: mas quiero rogar á los demás, que no les den crédito, porque no le merecen. Sólo una cosa advertiré aquí, que es necesario se advierta, y es (1): Que la Santa Madre, hablando de la oracion que llama de quietud, y de otros grados más altos, y tratando de algunas particulares mercedes que Dios hace á las almas, en muchas partes de estos libros acostumbra á decir, que está el alma junto á Dios, y que ambos se entienden, y que están las almas ciertas que Dios les habla, y otras cosas de esta manera. En lo cual no ha de entender ninguno que pone certidumbre en la gracia, y justicia de los que se ocupan en estos ejercicios, ni de otros ningunos, por santos que sean, de manera, que ellos estén ciertos de sí, que la tienen, si no son aquellos á quien Dios lo revela. Que la Santa Madre misma, que gozó de todo lo que en estos libros dice, y de mucho más que no dice, escribe en uno de ellos estas palabras de sí (2): «Y lo que no se puede sufrir, Señor, es, no poder saber cierto si os amo, y son aceptos mis deseos delante de Vos.» Y en otra parte: «Mas ay Dios mio, ¿cómo podré yo saber que no estoy apartada de Vos? ¡Oh vida mia, que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! ¿Quién te deseará? pues la ganancia que de ti se puede sacar, ó esperar, que es contentar en todo á Dios, está tan incierta, y llena de peligros.» Y en el libro de las Moradas (3), hablando de almas que han entrado en la sétima, que son las de mayor y más perfecto grado, dice de esta manera: «De los pecados mortales que ellas entiendan estar libres, aunque no seguras, que ternán algunos que no entienden, que no les será pequeño tormento.» Sólo quiere decir lo que es la verdad, que las almas en estos ejercicios sienten á Dios presente para los efectos que en ellas entónces hace, que son deleitarlas, y alumbrarlas, dándoles avisos, y gustos; que aunque son grandes mercedes de Dios, y que muchas veces, ó andan con la gracia que justifica, ó encaminan á

(1) Libro *Camino de Perfeccion*, cap. 4.

(2) *Exclamaciones*, 1.

(3) *Moradas*, 7, cap. últ.

ella, pero no por eso son aquella misma gracia, ni nacen, ni se juntan siempre con ella. Como en la profecia se ve, que la puede haber en el que está en mal estado, el cual entónces está cierto de que Dios le habla, y no se sabe si le justifica; y de hecho no le justifica Dios entónces, aunque le habla, y enseña. Y esto se ha de advertir, quanto á toda la doctrina comun, que en lo que toca particularmente á la Santa Madre, posible es que despues que escribió las palabras que ahora yo referia, tuviese alguna propia revelacion, y certificacion de su gracia. Lo cual así como no es bien que se afirme por cierto, así no es justo que con pertinencia se niegue; porque fueron muy grandes los dones que Dios en ella puso, y las mercedes que le hizo en sus años postreros. á que aluden algunas cosas de las que en estos libros escribe. Mas de lo que en ella por ventura pasó por merced singular, nadie ha de hacer regla en comun. Hoy con este advertimiento queda libre de tropiezo toda aquesta escritura. Que segun yo juzgo, y espero será tan provechosa á las almas, quanto en las de vuestras reverencias, que se criaron, y se mantienen con ella, se ve. A quien suplico se acuerden siempre en sus santas oraciones de mí. En San Felipe de Madrid á 13 de Setiembre de 1587.

LA VIDA

DE LA SANTA MADRE

TERESA DE JESUS,

Y ALGUNAS DE LAS MERCEDES QUE DIOS LE HIZO;

escritas por ella misma, por mandado de su Confesor, á quien lo envia y dirige, y dice así:

Quisiera yo, que como me han mandado, y dado larga licencia, para que escriba el modo de oracion, y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran, para que muy por menudo, y con claridad dijera mis grandes pecados, y ruin vida. Dírame gran consuelo; mas no han querido, antes atádome mucho en este caso; y por esto pido por amor del Señor, tenga delante de los ojos, quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin, que no he hallado Santo, de los que se tornaron á Dios, con quien me consolar. Porque considero, que despues que el Señor los llamaba, no le tornaban á ofender: yo no sólo tornaba á ser peor, sino que parece traía estudio á resistir las mercedes que su Majestad me hacia, como quien se veía obligar á servir más, y entendia de sí, no podia pagar lo ménos de lo que debia. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó. A quien con todo mi corazon suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad, yo haga esta relacion, que mis confesores me mandan (y áun el Señor, sé yo, lo quiere muchos dias há, sino que yo no me he atrevido) y que sea para gloria y alabanza suya, y para que de aqui adelante, conociéndome ellos mejor, ayuden á mi flaqueza para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, á quien siempre alaben todas las cosas. Amen.